

Dick no pasan desapercibidas, ni tampoco su obra.

La voluminosa obra de Philip K. Dick no se ha traducido al español en su totalidad, aún faltan por publicar muchas novelas y relatos del escritor, aunque para enmendar esta carencia la editorial Minotauro, que también publica esta biografía, ha creado la colección "Biblioteca Philip K. Dick", en la que se reunirán gran parte de sus novelas.

A pesar de su corta vida Philip K. Dick fue un escritor prolífico, su primera novela la hizo en diez días; escribió más de 40 novelas y más de 100 relatos, la mayoría de estas obras de ciencia ficción. En ellas sus protagonistas se enfrentan a la muerte, experimentan la locura, habitan en otros tiempos y espacios, pretenden la ampliación de la percepción y de la conciencia, que consiguen a través de las drogas, o por otro lado son presas de la enajenación, del autoritarismo y de la dominación síquica. Su primera novela de ciencia ficción *Lotería solar* se publicó en 1955, tres años después de dedicarse al oficio de escritor única y exclusivamente. El éxito le llegó con *El hombre en el castillo* 1962, con la que obtuvo el Premio Hugo, reconocimiento por excelencia de las novelas de ciencia ficción. En *Tiempo de Marte*, publicada en 1964 y una de sus mejores novelas, ahonda en la percepción del tiempo y la locura; sus protagonistas descubren que la realidad y la ilusión están separadas. En *Ubik*, novela preferida del destacado escritor polaco de ciencia ficción S. Lem, aparecen como protagonistas la entropía y la muerte. Otras novelas imprescindibles de Dick son: *Los clanes de la luna Alfana*, *Valis*, *Una mirada a la oscuridad*, *Los tres estigmas de Palmer Eldritch* y *Ojo en el cielo*.

Philip K. Dick a la misma velocidad que escribía, vivía. Pasó casi toda su

vida en California, donde a finales de los años sesenta surgía el *hippismo* y la contracultura. Dick parecería el prototipo de escritor maldito, estaba lleno de obsesiones, de niño padecía vértigo, agorafobia y crisis de ansiedad, y a lo largo de su vida intentó suicidarse varias veces. Era un gran paranoico, que llegaba al punto de tirarse el *I Ching* para ver qué amigo conspiraba contra él. Caía constantemente en los extremos: aficionado a las drogas y luego defensor de la lucha contra ellas; ateo y luego ferviente católico; amaba y odiaba apasionadamente a las muchas mujeres con las que estuvo.

En 24 capítulos Carrère recorre, tomando un rumbo temporal estricto, modo ortodoxo de escribir biografías, la vida de Philip K. Dick. Sin embargo esta biografía se sale de su género cuando Carrère consigue mostrar un Dick real y otro producto de la ficción. Asimismo el biógrafo entrelaza los datos vivenciales, que reconstruye en su prosa, con referencias a su obra, en donde también se alude a su curiosa experiencia creativa. Carrère traspasa el Dick conocido por todos, autor de la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, obra de la que partió Ridley Scott para realizar *Blade Runner*. Porque Philip K. Dick es más que eso. Amplió los linderos de la ciencia ficción, no optó por crear historias de simples pugnas morales entre el bien y el mal, ni trató de describir el futuro poniendo como protagonista a la ciencia, sino que a partir de este género, también calificado por muchos, despectivamente, como "subgénero", da rienda suelta a multitud de obsesiones y temas inusitados en la ciencia ficción. Dick no tuvo éxito en la novela "seria" o *mainstream*, aunque en los cincuenta ya había escrito ocho novelas de este tipo y más tarde otras como

Confesiones de un artista de mierda y, con ambientes *mainstream*, *Tiempo desarticulado*. A Philip K. Dick le pesaba que no se le valorase como escritor serio. Pero con los años y el reconocimiento como escritor de ciencia ficción, desechó la idea de convertirse en escritor de novelas "a secas". ●

Gastón Luken y Virgilio Muñoz Escenarios de la transición en México

Grijalbo, México, 2003,
355 págs.

Javier Bañuelos Rentería

Luego de tres años de parálisis política podría decirse que la sociedad mexicana vive una transición interrumpida. Las posibilidades abiertas el 6 de julio del 2000 se han traducido en un desencanto generalizado que afecta incluso a sectores estrechamente vinculados al foxismo. El indudable avance en materia electoral se ha visto empañado por la lenta disolución de los mecanismos de control corporativo (el sindicato de maestros y el de los petroleros, son buenos ejemplos del inmovilismo), y por la falta de un reforzamiento del aparato de impartición de justicia. Por otra parte, resulta preocupante que en muchos estados de la república las condiciones de competencia electoral, cuando se trata de procesos estatales o municipales, no vayan al parejo que en el orden federal. Así pues, la transición mexicana a la democracia es un proceso abierto que vive una crisis, una especie de estancamiento en su proceso de consolidación.

Para entender cómo llegamos a este *impasse* hay que recordar los pasos previos a la sucesión presidencial del 2000. Ese es el objetivo central de *Escenarios de la transición en México*. A partir de treinta y un entrevistas

realizadas a intelectuales, políticos, periodistas y gente relacionada con movimientos sociales, los autores logran componer una especie de memoria de la transición. Desde ópticas distintas, a veces contrapuestas, los testimonios de estos protagonistas van trazando la ruta crítica que permitió la alternancia política.

Cuándo comienza este proceso, cuáles son sus etapas, quiénes sus principales protagonistas y qué es posible esperar en el corto plazo, son algunas de las interrogantes a las que responden los entrevistados. Respuestas en las que analizan la coyuntura que se vive en el país después de 1994, y narran su experiencia personal como funcionarios o miembros influyentes de la opinión pública. También pasan revista al papel jugado por los partidos, por los intelectuales y los medios de comunicación en el proceso de apertura. Sin embargo, en sus palabras el reconocimiento de las aportaciones regionales al cambio democrático es escaso. Esto llama la atención, sobre todo si se piensa que los autores del libro son dos reconocidos intelectuales con amplia trayectoria en la vida pública de Baja California. Hace falta recuperar la visión regional de la transición a la democracia, sin ella repetiremos el error que se cometió al tratar de contar la historia de la Revolución mexicana desde el centro sin atender los matices regionales. ●

Francisco Hernández
El placer de leer
poesía... en prosa

Editorial Aldus / Libros en el buró
Ilustración de portada: Jan Hendrix
Primera edición, 2003

Alejandro Ortiz González

Disfruto sobremanera cuando leo a un poeta navegando con dominio por los

mares de la prosa. Soy un lector con marcada predilección por las novelas, los periódicos y las revistas, y pese a practicar con cierta regularidad la albañilería poética, cuando se trata de leer versos no considero que ésta sea una lectura de literatura, esto es, me resulta algo más cercano a andar en bicicleta, más como un paseo mental o una conversación silenciosa, y como escritor confieso mi admiración y gusto por quienes logran fundir los géneros en una misma y nutritiva literatura, plena de imágenes, metáforas y cumbres idiomáticas o hallazgos sencillos, más próximos a la minucia, al detalle.

Admiro este talento, pues, porque lo sueño para mí, economía de medios en la profusión, el logro del “decir lo más con lo menos”, la inmensa geografía de la precisión en forma y contenido. Poesía en prosa, prosa de intensidades —como la llamara Alberto Ruy-Sánchez—, la de Pancho Hernández es más bien como una poesía sin prisa con rostro de aparente apuro y cotidiana indiferencia, como si se tratara de las notas de un Valéry peatón en “el chilango”, un Woody Allen rondando en la Condesa, un Henry Miller jarocho.

Apuesto siempre por los inconformes, por los mamones que no necesitan a nadie para ser quienes son, sin parecerse a nadie. Las palabras de Pancho Hernández me van dejando varado en esta ribera del río, la orilla de los que no están dentro del convite universal: “¿dónde está la poesía? La veo a lo lejos, en los otros. A mí se me niega, no llega, no se hace presente. La poesía es siempre ajena. Incluso la que nosotros escribimos. Obviamente, nunca se somete a nuestra voluntad. En el desierto, uno no puede inventar el agua”.

Son sus palabras un retrato fiel y progresivo de la sobrevivencia, a sí mismo, a la depresión, al olvido:

“¿Cómo he podido sobrevivir tantos años sin fe definitiva en ningún dios, en ninguna religión?”. Su humor es voluntario y ágil, escueto, directo a la razón: “Me duelen la cabeza y la espalda. Todos los caminos llevan a los analgésicos”.

Este libro es también un cuaderno de viaje, a Europa, a Tabasco, a Cuba... al interior del malestar y al mismo tiempo al interior de la esperanza, como en el pasaje en la casa de Trakl, una de las tres figuras de su libro *Moneda de tres caras*: “Si hubiera conocido Salzburgo antes, el texto del Cuaderno de Borneo sería otro, pero no muy distinto”.

Conociéndolo un poco, apenas un par de ocasiones, presiento que Pancho Hernández está casi completo en lo que escribe, como si todo eso que charlan él y Mardonio, él y Jorge F. Hernández, él y Arturo Rivera, él y los demás, fueran sólo pausas entre momentos de escritura del mismo, interminable libro que es su vida, como si ésa fuera su gasolina para continuar, saber que escribir es como no beber, un acto diario de voluntad inquebrantable. “Hoy no, quizá mañana”, dicen en AA, aquí podríamos decirlo al revés, “hoy sí” porque quizá mañana no estemos.

Así siento que vive Francisco Hernández, como escribe, nítido, transparente a fuerza de conocer el oficio de sacarle brillo a las ideas y a las palabras. Reyes decía que la poesía está hecha de ideas, no de palabras. Claro, él era un Poeta, en la más amplia cobertura del territorio, no un poeta de poemas, sino un Poeta de Poesía. Francisco Hernández nos ha dejado en claro desde hace mucho que la Poesía es su amiga íntima, y le llena los libros con su encanto, para placer de todos nosotros. ●